

# T La imaginación de Rosario TRIUNFA

Por "LETICIA"

En el salón habría unas veinte personas cuando llegó. Saludó y habló con varias conocidas y un rato con Margarita—la hija más pequeña de la casa—, en honor de quien se daba la fiesta, pues era el día de su puesta de largo.

Así estaba cuando se acercó ella. «¡Margarita, estás guapísima! ¡Qué traje más ideal!», y continuaron los elogios. Margarita, con movimientos de cabeza y palabras, las contradecía. «Perdonadme, voy a saludar a la señora de Gálvez.» «¿No os conocéis?» «Mi amiga Rosario Sandoval Henestrosa.» «Fernando Rivera.» «Os dejo. Hasta luego.»

Rosario extendió la mano.

—Mucho gusto.

—Encantada.

—Bonita fiesta.

—Sí, espléndida.

—¡Qué guapa está Margarita; es una de las chicas de ahora que prometen más!

—Efectivamente. Pero más que justeza de líneas tiene la belleza de expresión, que es la que ahora se exige. Al fin y al cabo es también una perfección y se ha suprimido la rigidez de estatua. Escucha: están tocando «My love», ¿quieres que lo bailemos?—dijo Fernando.

—Encantada; vamos.

La fiesta estuvo lograda y todos se fueron plenamente satisfechos.

—Rosario, he pasado una deliciosa tarde. Hemos hablado, atacando diversos temas, se ha bailado y no he jugado al *bridge*. ¡Bella tarde! Es terrible sentir el aburrimiento cuando se desea pasar la vida agradablemente.

—¿Te aburres?

—Mucho. ¿Y tú?

—También algo.

—Yo debo de ser muy exigente—dijo el muchacho—; me agrada la sociedad, el baile y sobre todo, la «conversación». Una buena conversación es inestimable. ¿No es la palabra en el ser humano algo sorprendente? ¿Pues por qué no encauzarla en una charla distraída? También me gusta jugar, pero me aburre de una manera espantosa el no ver en toda una tarde más que fichas y baraja. Comprendo que soy inaguantable. No conozco el aburrimiento bondadoso, que anula con formas sedantes, sino el aburrimiento violento y desagradable que excita, pues es raro, cuando estoy en ese estado, que por nada no me altere. En fin, perdona este latazo.

—¡Oh, no! Realmente tienes una gran opinión. No te puedo decir mis impresiones, pues son idénticas a las tuyas y no hay nada más violento que la entera conformidad. Pueden creer que es una adulación absurda lo que es tan sólo una identidad de pensamientos. Ya hemos llegado. Aquí vivo.

—Bien. Rosario, no tomes por amabilidad lo que te voy a decir. Desearía volver a verte.

—Bueno. Avisa al teléfono 90.517, y así nos pondremos de acuerdo.

—Gracias. Mucho gusto.

—Encantada.

—Adiós, Rosario.

—Adiós, Fernando.

—Bonita amistad—pensaba mientras subía el ascensor—. Este Fernando causa una impresión graciosísima. ¡Cuidado, Rosario, no te precipites!—oía decir a la prudencia.

Estaba muy satisfecha de aquella presentación. Además, parecía que le había interesado. «Veremos si telefona. ¡Me alegraría más que así lo hiciera!» «¡Rosario!»—otra vez la prudencia—. «Si no tiene importancia, es un agradable conocimiento, y a los recuerdos gratos no se les debe olvidar.»

Con estas discusiones íntimas que sólo hacían recordarle, se pasa-

"Leticia", la joven escritora, levanta aquí el tinglado sentimental de una historia curiosa. Una muchacha acude a una original estratagema para encender un amor que hasta entonces era solamente tibio...

"Él" y "Otro"... Rosario obtiene, con su imaginación, una victoria definitiva. El "otro" será recordado siempre... Rosario, con cierta sonrisa, le reservará un buen lugar entre sus nostalgias.

